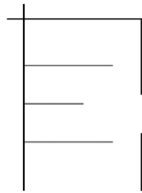


Toni García Arias

**MENTIRAS PARA NO ESTAR SOLO**



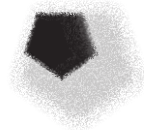
Ápeiron Ediciones

2017



**Toni García Arias**

**MENTIRAS PARA NO ESTAR SOLO**



Malasaña

2.ª edición, 2017

© Del texto, Toni García Arias  
© Ápeiron Ediciones

C/ Esparteros, n.º 11, piso 2.º, puerta 32  
28012 Madrid  
Tfno.: 911 64 63 00  
E-mail: [info@apeironediciones.com](mailto:info@apeironediciones.com)  
<http://www.apeironediciones.com/>

Diseño de portada: Ápeiron Ediciones  
Maquetación: Ápeiron Ediciones  
Impresión: Podiprint

ISBN:978-84-16996-96-4  
Depósito legal: M-19397-2017

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

*A veces, el azar o la providencia hacen que nuestras vidas se crucen con personas que son literatura. A Juan Jacinto Muñoz Rengel, por su originalidad y cercanía; a Paco Domínguez Romero, por ser poema; a Xesús Fraga, por su sensibilidad en cada frase; a Eloy Sánchez Rosillo, por darme confianza en los inicios; a Roberto Vivero, por su maravillosa genialidad y a Luis Muñoz, por hacerme regresar siempre a la poesía.*

*A mis padres y a mi hermano.*

*Y a Cris, siempre, porque ella es el faro que ilumina la tiniebla que soy.*



## I

En cuanto los ojos de John Veiga se posaron en los míos, me arrepentí inmediatamente de estar participando en aquel engaño. La mañana anterior a nuestro encuentro en el aeropuerto de Barajas, Alicia me había llamado a la consulta con la excusa de invitarme a comer. Aunque incómodo por la vulneración que aquello suponía en nuestra relación médico paciente, yo aceptaba sus frecuentes invitaciones más por un sentimiento de culpabilidad que por otra razón. No fue aquella, sin embargo, una comida como tantas otras. Alicia comenzó a narrarme su disparatado plan con una clarividencia y una agitación tan exagerada que no daba pie a la refutación. Su intención de engañar a un tal John Veiga —desconocido en buena parte para ambos— y falsear nuestras identidades pecaba de graves lagunas que yo le hacía saber pero que ella iba solventando con otra idea quizá aún más disparatada. Antes de que nos sirviesen los platos que habíamos pedido —una ensalada para compartir y una *pizza* cuatro estaciones para cada uno—, entre risas nerviosas y agitados movimientos de manos, Alicia me contó su enrevesada estratagema.

—¿Vas a ayudarme? —me preguntó.

—Ya te he dicho que no —respondí molesto—. Tienes que entenderme... Ya hay demasiadas mentiras en mi vida, créeme. Además, no me sentiría cómodo en esa situación. Hay muchas cosas que pueden salir mal.

Con un leve gesto de fastidio, Alicia se quitó el abrigo, lo dejó con desgana sobre la silla que había a su lado, apoyó los antebrazos sobre la mesa y adelantó su cabeza hasta el otro lado del tablero como si fuese a hacerme partícipe de una confidencia.

—Ayer se murió mi gato —susurró, y meneó la cabeza como si no pudiese dar crédito a la tragedia.

—Tú no tienes gato —reproché.

—Ya, pero podría haberlo tenido. Tú tienes esas mariposas disecadas en la pared de tu consulta y hablas de ellas como si estuvieran vivas; que si el colorido, que si la forma de las alas, que si...

—Ya, pero no es lo mismo.

—No sé qué tienen tus mariposas disecadas que no tenga mi gato imaginario —sentenció.

Miramos por el ventanal del restaurante y compartimos por un momento la incomodidad del silencio que me había producido su petición.

—Verás; en realidad no es un gato —continuó como si tal cosa—; es un cojín, pero me hacía la función de un gato. Yo lo acariciaba, lo colocaba sobre mi barriga para que me diera calorcito... Ya sabes... Esas cosas... He tenido que jubilar el cojín. Estaba ya muy viejo, se le habían caído todos los adornos y ya estaba comenzando a tirar espuma. Así que es como si se me hubiera muerto el gato. ¿No te da pena de mí?

—Tú nunca me has dado pena.

—¿Vas a ayudarme? —volvió a preguntar.

—Ya te he dicho que no.

Así que, al día siguiente, y sin saber muy bien por qué, allí estábamos los dos, esperando en la terminal 4 del aeropuerto de Barajas a que un tal John Veiga apareciese por la puerta de salida de pasajeros.

—Hola. Soy Julián Porto —mentí.

John Veiga me miró como si acabase de despertar de un largo y profundo letargo y una leve sonrisa de agradecimiento se formó en la comisura de sus labios.

—Parece usted mucho más joven —señaló—; no sabe usted cuánto bien le debo —acertó a susurrar mientras me estrechaba la mano con fuerza—. Haber dado con usted ha supuesto para mí una bendición que nunca podré pagarle.



Sus ojos mostraban efectivamente aquella gratitud a la que sus labios habían hecho referencia, y aquella imperceptible lágrima que rápidamente se enjugó con la manga de su chaqueta arrugada por el largo viaje no hizo más que acrecentar el desasosiego que yo ya albergaba por la falsedad de aquel encuentro. Entonces, dejando sobre el suelo una pequeña maleta azul, John Veiga miró para Alicia, que hasta ese momento había permanecido a mi lado nerviosa y en silencio, y ambos se fundieron en un abrazo que pareció interminable. Después de ese instante de abrazos reiterados, separaciones, besos en la mejilla y, de nuevo, otro abrazo, propuse que nos sentáramos en alguna cafetería del aeropuerto para que John Veiga pudiera desayunar y acostumbrarse de nuevo al tacto de la tierra.

—Gracias —señaló—; el desayuno que nos han dado en el avión no era precisamente un manjar, que digamos. Ese zumo de naranja es absolutamente indigesto. Sienta en el estómago como un enjambre de abejas.

Bajo las luces de la terminal, el rostro de John Veiga revelaba unas ojeras azuladas que contrastaban cruelmente con el color blanquecino de su piel. Tenía una barba abandonada a su suerte, como un jardín descuidado, y una especie de media melena canosa y desgredada que le ocultaba parte del cuello de la camisa. Alicia observaba a John con una expectación incontrolada, tomándole de la mano con tal fuerza que, producto de la presión, las yemas de los dedos de John comenzaban a mostrar un tono preocupantemente amoratado. Cualquiera que estuviese viendo la escena desde fuera, incluso el observador menos perspicaz, se hubiera dado cuenta enseguida de que a Alicia le temblaba todo el cuerpo. Cada vez que agarraba entre sus esqueléticas manos el vaso de agua que había pedido, le suponía un esfuerzo titánico conducirlo acertadamente a sus labios. Sabedor de ser el centro de nuestras continuas miradas, y como si pudiese leer mis pensamientos, John Veiga apuntó que doce horas de vuelo eran demasiadas, y que su aspecto estaba ciertamente desmejorado.

—Y más sin poder fumar —añadió.

Reímos el comentario y hablamos vagamente del vuelo, de la lluvia que caía en Madrid a esas horas, de los nervios que surgen antes del despegue y en el aterrizaje y de las azafatas y sus movimientos desapasionados mientras explican las medidas de emergencia. Tras aquel intercambio de obviedades, John respiró profundamente, miró hacia el techo y su rostro adoptó entonces un aire fúnebre.

—Han sido ambos muy amables conmigo —dijo—. Y esa razón me obliga moralmente a sincerarme con ustedes. Entenderé que, después de lo que voy a contarles, no quieran verme nunca más. Estarían en su derecho. Lamento no habérselo contado con anterioridad, pueden creerme, pero las circunstancias de la vida decidían por mí y me impedían hacerlo. En eso no me considero del todo culpable. Tal vez sí en todo lo demás, pero no en eso.

Sentado al borde de la mesa, mesándose de vez en cuando su cabello blanquecino, con los brazos apoyados sobre el tablero, contrariado en ocasiones, eufórico en otras, John Veiga nos contó la parte de la historia que nosotros no conocíamos.

¿TE HA GUSTADO?  
SI ES ASÍ, PUEDES COMPRAR EN ...  
([Pincha sobre el nombre](#))

Amazon

Agapea

O en tu librería habitual